

MAGISTERIUM

LA
TORRE
DE
ORO

HOLLY
BLACK



CASSANDRA
CLARE

Callum Hunt ha sido un héroe y un marginado. En su paso por Magisterium, a veces ha estado del lado del Bien, y otras se ha acercado peligrosamente al Mal. Y nunca se ha sentido acogido del todo, sino por el contrario, ha percibido el resentimiento y miedo de quienes le rodeaban.

En su último año en la escuela de magia, su situación es más incierta que nunca. Le rodea una profunda oscuridad. Y el mayor reto de su vida está justo a la vuelta de la esquina.

Un inolvidable final para la saga *Magisterium*: allí donde la magia está, se encuentran la luz y las tinieblas, el poder de salvar y el de destruir.

PARA CAMMIE Y ELLIOT,
QUE SON MUY BUENOS EN SER MALOS



CAPÍTULO 1

Por primera vez, a Call le pareció pequeña la casa donde había crecido.

Alastair detuvo el coche y se bajaron todos, hasta *Estrago*, que corrió ladrando por el borde del césped. Alastair miró a su hijo antes de cerrar el coche; no había ninguna maleta que cargar, ni ninguna bolsa o equipaje del que preocuparse. Call regresaba de la casa del Maestro Joseph sin nada.

«No exactamente sin nada. —La voz de Aaron resonó en su cabeza—. Me traes a mí».

Call intentó no sonreír. Resultaría raro que su padre le viera sonriendo por nada, sobre todo porque últimamente no tenían muchos motivos para sonreír: el Magisterium había derrotado a las fuerzas del Maestro Joseph, pero había

sido una masacre. Aaron, su mejor amigo, había regresado de entre los muertos solo para volver a morir.

Al menos, eso era lo que todo el mundo creía.

—¿Estás bien? —Alastair miró a Call con los ojos entornados—. Parece que te haya sentado mal algo.

Call dejó de intentar no sonreír.

—Es solo que me alegro de volver a casa.

Alastair lo abrazó torpemente.

—No me extraña.

Por dentro, la casa también parecía más pequeña. Call fue a su cuarto, con *Estrago* pisándole los talones. Aún le resultaba raro verlo con los ojos verdes de un lobo normal, en vez de con los ojos de colores rodantes típicos de los caotizados. Le rascó las orejas y el lobo bostezó, sacudiendo el suelo con la cola.

Call se paseó por las otras habitaciones; sin especial interés, fue cogiendo cosas y dejándolas. Su antiguo uniforme del Curso de Hierro. Unas piedrecitas lisas de las cavernas del Magisterium. Una foto en la que estaba con Aaron y Tamara, sonriendo de oreja a oreja.

Tamara. Se le hizo un nudo en el estómago.

No había hablado con ella desde que la vio arrodillada sobre su cuerpo en el campo de batalla frente a la fortaleza del Maestro Joseph. En aquel momento le había parecido posible que ella lo quisiera de verdad, pero el silencio que siguió lo colocó en su lugar. Después de todo, querer que alguien no muriera no era lo mismo que querer seguir teniendo trato con esa persona.

Tamara no había querido que Call resucitara a Aaron y, cuando lo hizo, no había considerado que Aaron fuera Aaron. Para ser justos, su amigo no se había comportado como siempre. Resultó que volver a meter el alma a un cuerpo ya un poco podrido daba resultados extraños. Curiosamente, Aaron era mucho más él mismo ahora que solo le hablaba en la cabeza. Pero Tamara no sabía que Aaron seguía con ellos, y teniendo en cuenta cómo había reacciona-

do otras veces, no creía que se lo fuera a tomar muy bien. Ya pensaba que Call era un hechicero malvado, o al menos con tendencia al mal.

Y eso era algo en lo que prefería no pensar, porque, de todo el mundo, Tamara siempre había sido la que más había creído en él.

«Aun así vamos a tener que decírselo, lo sabes».

Call se sobresaltó. A pesar de que Aaron había estado con él en la enfermería del Magisterium hasta que se recuperó de los efectos de emplear demasiada magia del caos durante la pelea con Alex, tener a alguien que oyera sus pensamientos y le respondiera no dejaba de resultarle inquietante.

Alastair llamó a la puerta y la entreabrió.

—¿Te apetece comer algo? Puedo preparar unos bocadillos de queso gratinado con pimientos. O podemos pedir una pizza.

—Los bocadillos me parecen perfectos —contestó Call.

Alastair los preparó con cariño; untó una fina capa de mantequilla en el pan para que se tostara bien, y abrió una lata de sopa de tomate. Nunca había sido muy buen cocinero, pero, para Call, cenar con él y pasarle trozos de corteza a *Estrago* por debajo de la mesa era mucho mejor que el banquete más delicioso que pudiera conjurar el Maestro Joseph.

—Bien —comenzó Alastair, cuando se hubo sentado y ambos empezaron a comer. La sopa de tomate no era ni salada ni dulce, estaba en su punto, y el queso con pimientos estaba perfectamente especiado—. Tenemos que hablar del futuro.

Call alzó la mirada de la sopa, confuso.

—¿El futuro?

—Vas empezar el Curso de Oro en el Magisterium. Todo el mundo está de acuerdo en que..., ejem, has aprendido suficiente magia para considerar que has completado el

Curso de Plata. Atravesarás la puerta en cuanto vuelvas a la escuela en otoño.

—¡No puedo volver al Magisterium! —exclamó Call—. ¡Todos me odian!

Alistar se apartó el pelo oscuro de la frente.

—Probablemente ya no tanto. Vuelves a ser un héroe. —El padre de Call era genial en muchos aspectos, pero su tacto dejaba bastante que desear—. De todos modos, solo te queda un año. Y ahora que el Maestro Joseph no está, seguro que es un año bastante tranquilo.

—El Collegium...

—No tienes por qué ir al Collegium, Call —repuso Alastair—. De hecho, creo que sería mejor que no lo hicieras. Ahora que Aaron ya no está, eres el único makaris. Intentarán utilizarte y nunca confiarán del todo en ti. No podrás tener una vida normal, como cualquier mago.

Call dudaba que hubiera algún mago con una vida normal.

—Y, entonces ¿qué hago? ¿Ir a una universidad normal?

—Yo nunca fui a ninguna universidad —contestó Alastair—. Podríamos tomarnos un tiempo, viajar un poco. Te enseñaría lo que hago; podríamos montar un negocio en alguna parte, padre e hijo. En California, por ejemplo. —Clavó la cuchara en la sopa—. Es decir, tendríamos que cambiar de nombre. Esquivar al Magisterium y a la Asamblea. Pero valdría la pena.

Call no sabía qué decir. En ese momento, la idea de no tener que volver a tratar con la Asamblea y su opinión sobre los makaris, o con el odio que la gente tenía a Constantine Madden, el Enemigo de la Muerte, cuya alma vivía en el cuerpo de Call, sonaba perfecta. Pero...

—Mira, tengo que decirte una cosa —confesó Call—. Aaron no se ha ido del todo.

Alastair frunció las cejas, preocupado.

«Uh, uh —pensó Aaron—. Espero que no le dé un ataque».

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alastair con cautela.

—Quiero decir que sigue en mi cabeza, sigue vivo en mí —soltó Call.

«En realidad, no había ninguna necesidad de contárselo», opinó Aaron. Lo que viniendo de él era un poco jeta, ya que acababa de decir que se lo tendrían que contar a Tamara.

Alastair asintió lentamente, y Call se relajó, aliviado. Su padre se lo estaba tomando bien. Quizá hasta supiera qué hacer.

—Es una bonita manera de verlo —repuso Alastair, finalmente—. Lo cierto es que lo estás llevando muy bien. El dolor de la pérdida es duro, lo sé. Pero lo mejor es recordar a esa persona y...

—No lo entiendes —le interrumpió Call—. Aaron me habla. Lo oigo.

Alastair continuó asintiendo.

—A veces, yo también me sentía así después de la muerte de tu madre. Era como si pudiera oír la voz de Sarah regañándome. Sobre todo una vez, cuando te dejé gastejar en el jardín y empezaste a comer tierra mientras yo no miraba.

—¿Comí tierra? —preguntó Call.

—Te vuelve resistente a las enfermedades —replicó Alastair, un poco a la defensiva—. No te pasó nada.

—Vale —repuso Call—. Pero eso no tiene nada que ver. Lo importante es que Aaron me habla de verdad.

Alastair le puso suavemente la mano en el hombro.

—Estoy seguro —dijo.

Y Call no se vio con ánimos de decir nada más.



La noche antes de partir para su último curso en el Magisterium, Call estaba tirado en la cama, observando el camino

blanco que la luna dibujaba sobre la colcha. Ya había preparado la bolsa para ir al Magisterium al día siguiente, donde vestiría el uniforme rojo intenso del Curso de Oro. Recordó haber contemplado a Alex Strike con su flamante uniforme rojo, tan seguro y tranquilo con sus amigos. Pero Alex estaba muerto. Y Call se alegraba. Alex había asesinado a Aaron y se merecía todo lo que le había pasado.

«Call. —La voz de Aaron era solo un susurro—. No pienses en esas cosas. Solo tienes que dejar que pase mañana».

—Pero todos me odian —repuso Call. Sabía que su padre no estaba de acuerdo, pero él estaba muy seguro.

Había luchado en el lado bueno en la última batalla y había salvado el Magisterium, pero seguía siendo el portador del alma corrupta de Constantine Madden.

Estrago soltó un gemido, le tocó la mano con el morro y luego intentó meterse bajo las sábanas. Era algo que hacía cuando era un cachorro, pero resultaba muy peligroso con un lobo adulto, incluso aunque no fuera caotizado.

«*Estrago*, para ya —pensó Aaron, y el lobo alzó la cabeza, parpadeando—. ¡Puede oírme!».

Aaron parecía encantado.

—Te lo estás imaginando —replicó Call.

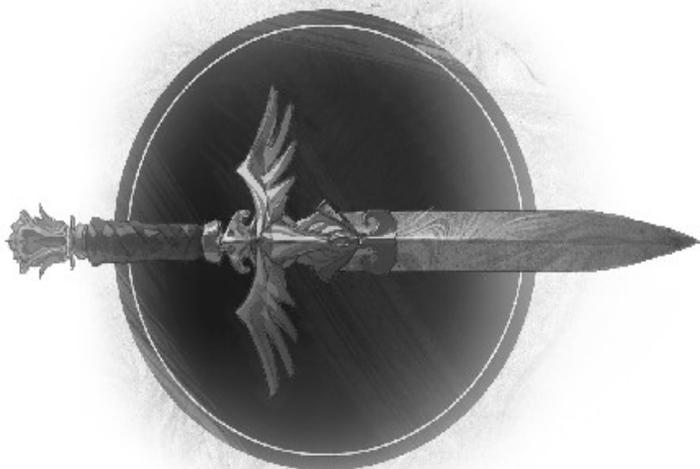
Llamaron a la puerta de la habitación.

—¿Call? ¿Estás al teléfono? —preguntó Alastair.

—¡No! —gritó él—. Solo... hablaba con *Estrago*.

—Vale. —Alastair no sonaba convencido, pero sus pasos se alejaron.

«Nos tienes a *Estrago* y a mí —dijo Aaron—. Mientras sigamos juntos, todo irá bien».



CAPÍTULO 2

Sentado junto a Alastair en su Rolls-Royce plateado de 1937, mientras se dirigía una vez más hacia el Magisterium, Call recordó su viaje hacia la Prueba de Hierro cuatro años atrás. Su padre le había dicho que, si fallaba el examen, no tendría que ir a la escuela de magia, y eso era bueno porque, si iba, podía morir perdido en sus túneles.

En ese momento, Call sabía lo que realmente había preocupado a su padre: que se descubriera que era el receptáculo del alma de Constantine. Sus temores habían acabado por hacerse realidad, excepto la parte de morir en los túneles.

Y ni siquiera era demasiado tarde para eso.

«¿Siempre te pones en lo peor? —preguntó Aaron—. Como el sistema de puntos del Señor del Mal. La verdad es

que tenemos que hablar de eso».

—No me juzgues —dijo Call.

Alastair lo miró raro.

—No te estoy juzgando, Callum. Aunque has estado muy callado durante todo el viaje.

Tenía que dejar de contestar a Aaron en voz alta.

Y él tenía que dejar de hurgar entre sus recuerdos.

—Estoy bien —aseguró—. Solo un poco tenso.

—Un año más y ya está —insistió Alastair, mientras tomaba la carretera que llevaba a las cavernas de la escuela—. Entonces los magos no podrán decir que es peligroso que te falte entrenamiento ni nada de toda esa mierda. Un año más y te librarás de ellos para siempre.

Unos minutos después, Call salió del coche y se colgó la bolsa al hombro. *Estrago* saltó tras él, olisqueando el viento. Había otros alumnos bajando de un autocar: los niños que acababan de pasar la Prueba de Hierro. A Call le parecieron realmente pequeños y se percató de que se estaba preocupando por ellos. Algunos le lanzaron una mirada nerviosa, lo señalaron y susurraron entre sí.

Call dejó de inquietarse y comenzó a desear que *Warren*, el extraño lagarto que vivía en las cuevas, los hiciera caer en una sima.

«Eso sin duda te haría ganar algunos de esos puntos de Señor del Mal», le espetó Aaron.

—Deja de hurgarme en el cerebro —masculló Call entre dientes.

Alastair se volvió hacia él y le dio un abrazo de despedida y una palmada en la espalda. Sorprendido, Call se dio cuenta de que ya casi eran de la misma altura.

Oyó susurros alrededor y notó que había ojos clavados en ellos. Cuando Alastair se apartó, tenía los dientes apretados.

—Eres un buen chico —le dijo—. No te merecen.

Call suspiró y lo observó partir. Luego entró en las cuevas del Magisterium. *Estrago* le siguió de cerca.

Todo le resultaba conocido y desconocido a la vez. El olor a piedra, que se iba intensificando a medida que se adentraba en el laberinto de túneles, le resultaba conocido. El ruido de los pequeños lagartos reptando rápidamente y el brillo del musgo le resultaban conocidos. El modo en que los otros alumnos lo miraban y susurraban tapándose la boca con la mano también le resultaba conocido, aunque mucho menos agradable. Incluso lo hacía alguno de los Maestros. Mientras se acercaba a la puerta de sus habitaciones, Call pilló al Maestro Rockmaple mirándolo boquiabierto, y le hizo una mueca.

Tocó la puerta con su muñequera y esta se abrió. Call entró, convencido de que la estancia estaría vacía.

Pero no lo estaba. Tamara se hallaba sentada en el sofá, vestida ya con el uniforme del Curso de Oro.

«¿Por qué pensabas que no estaría aquí? —le preguntó Aaron—. También es su habitación».

Por una vez, Call no le respondió en voz alta, pero fue porque un estruendo le llenó los oídos y solo pudo pensar en Tamara. En lo guapa que estaba y en lo mucho que le brillaba el pelo, que llevaba recogido en una gruesa trenza. Y pensó también en que en ella todo parecía perfectamente ordenado, desde el agudo perfil de las cejas hasta su imaculado uniforme.

«Esto ha sido raro —comentó Aaron—. Se te ha chamuscado el cerebro o algo así. ¿Call? ¡Tierra llamando a Call!».

Tenía que decir algo. Sabía que tenía que decir algo, sobre todo porque ella seguía mirándolo, como si estuviera esperando precisamente eso.

Pero se sentía sucio, torpe y totalmente estúpido. Y no sabía cómo iba a explicarle que quizá no hubiera tomado siempre la decisión correcta, pero que al final todo había salido bien, y que no estaba enfadado con ella por haberse largado con Jasper y haberlo dejado en la Central del Señor del Mal con el Maestro Joseph y Alex, así que segura-

mente ella no debería estar enfadada con él por haber resucitado a Aaron...

«No, no puedes decir nada de eso», afirmó Aaron con rotundidad.

—¿Por qué? —preguntó Call, y entonces cayó en que lo había vuelto a hacer: había hablado en voz alta. Se contuvo para no taparse la boca con la mano, lo que solo hubiera empeorado las cosas.

Tamara se levantó del sofá.

—¿Por qué? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—¡No! —exclamó Call, pero entonces se dio cuenta de que aún no había descubierto lo que sí debía decirle.

«Repíteme conmigo —intervino Aaron—: “Tamara, sé que tienes motivos para estar enfadada, y sé que tengo que recuperar tu confianza, pero espero que algún día podamos volver a ser amigos”».

Call respiró hondo.

—Sé que tienes motivos para estar enfadada —dijo, y se sintió aún más estúpido, si eso era posible—. Y sé que tengo que recuperar tu confianza, pero espero que algún día podamos volver a ser amigos.

La expresión de Tamara se suavizó.

—Podemos ser amigos, Call.

No podía creer que hubiera funcionado. Aaron siempre sabía qué decir, y con él en la cabeza, Call también sabía hacerlo. ¡Era genial!

—Vale —contestó, ya que no estaba recibiendo otras instrucciones—. Muy bien.

Tamara se agachó y acarició a *Estrago* en el cuello; este comenzó a sacudir la lengua, lleno de alegría.

—Parece que está bien así, sin ser un caotizado. Ni siquiera se le ve muy diferente.

«Ahora dile que te importa y que has tomado algunas decisiones equivocadas y te arrepientes», le indicó Aaron.

«¡No voy a decirle eso! —pensó Call, en respuesta—. Si le digo que me importa, se me reirá en la cara. Pero si no

digo nada más, quizá todo esto se solucione solo».

Lo único que recibió de Aaron fue un silencio. Un silencio enfurruñado.

—Me importas mucho —dijo Call, y Tamara se incorporó de golpe. Tanto ella como *Estrago* se lo quedaron mirando sorprendidos—. He tomado malas decisiones. Muy malas decisiones. Las peores que se puedan tomar.

«Tampoco te pases, colega».

Aaron parecía alarmado.

—Quería recuperar a Aaron —explicó Call, y Aaron guardó silencio en su cabeza—. Vosotros dos... sois los mejores amigos que he tenido nunca. Y *Estrago*. Pero él no juzga.

Estrago ladró. A Tamara le temblaron un poco los labios, como si estuviera conteniendo una sonrisa.

—No quiero presionarte —continuó Call—. Tómate todo el tiempo que quieras para averiguar lo que sientes. Solo quería que supieras que lo lamento mucho.

Tamara se quedó callada durante un buen rato. Luego fue hacia él y le dio un beso en la mejilla. Una sacudida de energía le atravesó todo el cuerpo, y tuvo que luchar contra el impulso de abrazarla.

«Ag», susurró Aaron.

Tamara se apartó.

—Esto no quiere decir que te perdone del todo y que sigamos como antes —dijo—. No estamos saliendo, Call.

—Lo sé —repuso él. No esperaba otra cosa, pero, aun así, notó un golpe seco en el pecho.

—Pero somos amigos —continuó ella. Los ojos le brillaron con fiereza—. Mira, aquí todo el mundo tiene una opinión sobre ti. No saben nada de cómo... de que Aaron resucitara. Saben que el Maestro Joseph te raptó, y saben que ayudaste a derrotarlo a él y a Alex.

—Vale. ¿Eso parece... bueno? —preguntó Call con cautela.

—Pero también saben que tienes el alma del Enemigo de la Muerte. Todos lo saben, Call. No sé hasta qué punto van a comprender que no eres él.

—Quizá debería pasarme todo el curso metido en esta habitación. —Call miró alrededor—. Podría conseguir comida encantando mortadela, como hizo el Maestro Rufus el día que llegamos.

Tamara negó con la cabeza.

—De ninguna manera. Primero, no tenemos mortadela. Segundo, vamos a salir de aquí y a enfrentarnos a los demás. Tienes que poder llevar una vida normal, como cualquier mago, Call. Tienes que demostrarles a todos que tú eres tú, no una especie de monstruo.

«Quizá nunca pueda vivir como un mago —pensó Call—. Quizá sea eso».

En su cabeza, Aaron permaneció en silencio. Call estaba seguro de que era mejor no decir nada sobre la propuesta de su padre de que pasara del Collegium y abandonara totalmente el mundo de los magos. Ni siquiera había decidido aún qué pensaba él.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Me apunto. ¿Qué hacemos primero? ¿Ir a la Galería?

—Primero, tengo algo para ti —contestó Tamara, sorprendiéndole.

Entró en su dormitorio con un balanceo de trenza, y salió con... un cuchillo. El cuchillo de Call, hecho por su madre, con el mango y la vaina decorados con dibujos entramados.

—*Miri* —suspiró Call al coger el arma—. Tamara..., muchas gracias.

«Ahora, si alguien se mete contigo en el comedor, le puedes cortar la cabeza», pensó Aaron, alegremente.

Call comenzó a atragantarse, pero, por suerte, Tamara lo achacó a la emoción, y le palmeó la espalda hasta que dejó de toser.